



# PARROQUIA BEATA MARÍA DE JESÚS

AÑO DE LA FE

---

## **Para vivir el Año de la Fe (Circular núm. 4, enero 2013)**

Ha pasado el tiempo de Navidad, donde el Misterio de la presencia visible de Jesucristo, ha sido el centro de nuestras celebraciones y fiestas. Ahora toca continuar, el año de la fe, redescubriendo su doctrina y su poder salvífico.

Recientemente un Obispo, con gran acierto, en una entrevista ofrecía la siguiente valoración del último Concilio: *“El Concilio Vaticano II fue la manifestación más solemne del magisterio de la Iglesia en el último siglo, en continuidad con toda la enseñanza anterior. Evidentemente, sus documentos contienen una gran riqueza y, como han señalado Juan Pablo II y Benedicto XVI, nos corresponde el desafío de ponerlos en práctica, con plena fidelidad, para que Jesucristo y su Evangelio lleguen a los corazones y a las cabezas de millones de personas. Leer y vivir el Concilio es amar a la Iglesia, a la Humanidad entera”* (J. Echevarría).

El primer documento aprobado, en aquel acontecimiento eclesial, tiene su eje en la Liturgia. Y al acercarnos a cualquier celebración litúrgica, tenemos que comprobar que es “la teología hecha oración”, hecha vida, plegaria al Padre. La celebración litúrgica es la acción sagrada por excelencia de toda la vida de la Iglesia. Porque es, precisamente, en el sacramento eucarístico donde se nutre la Iglesia, que continuamente crece y se renueva en la celebración de la Eucaristía y en la administración de los sacramentos.

De ahí que ninguna otra acción en la Iglesia, sea pastoral, caritativa, misionera, o social, alcance la eficacia de la celebración litúrgica. Ella es la cumbre, el punto de llegada de toda la acción evangelizadora y pastoral, y al mismo tiempo la fuente de la vida sobrenatural que alimenta su vida y su acción. Por eso acercarse al misterio eucarístico requiere hacerlo con la mayor fe y conocimiento de lo que en él se encierra. Algo así como en una melodía. Los que participan en un concierto de música clásica, pueden tener una imagen superficial, de lo que allí han escuchado, cada músico, cada partícipe, tendrá su versión, pero el compositor y el director de orquesta, advierten todos los matices, de cada momento. Saben sacar partido al ritmo, a los tonos dominantes, a las peculiaridades de cada instrumento, a los silencios... en fin saben valorar, en conjunto, la sinfonía. De su mayor o menor preparación musical, su satisfacción será mayor. Pero, en el caso de la liturgia y más especialmente la liturgia eucarística, no es un privilegio reservado para escogidos sino que por el carácter bautismal todos y cada uno de los fieles somos: *“linaje escogido, sacerdocio real, nación santa y pueblo escogido de Dios para celebrar sus maravillas”*, exige que sean guiados a una *«participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas»* (SC, 14). Todo bautizado tiene el derecho y el deber de conseguir esa plena y activa participación... Ciertamente cada uno debe mantener su identidad, y su situación propia en el pueblo de Dios, hay lugar para todos: el celebrante, los lectores, los cantores, los monaguillos, el coro, las personas colaboradoras, o quienes hacen las ofrendas, las moniciones, adornan el altar... Es más *«La Iglesia no pretende imponer una rígida uniformidad en aquello que no afecta a la fe o al bien de toda la comunidad, ni siquiera en la Liturgia; por el contrario, respeta y promueve el genio y las cualidades de las distintas razas y pueblos. Examina con simpatía y, si puede, conserva íntegro lo que en las costumbres de los pueblos encuentra que no esté indisolublemente vinculado a supersticiones y errores, y aun a veces lo acepta en la misma Liturgia, con tal que se armonice con su verdadero y auténtico espíritu»* (SC, 37). Vayamos con ese espíritu a nuestra participación en la Santa Misa y acudamos a ella, a descubrir la presencia de Dios que sale a nuestro encuentro, para hablarnos y hacerse nuestro Amigo.